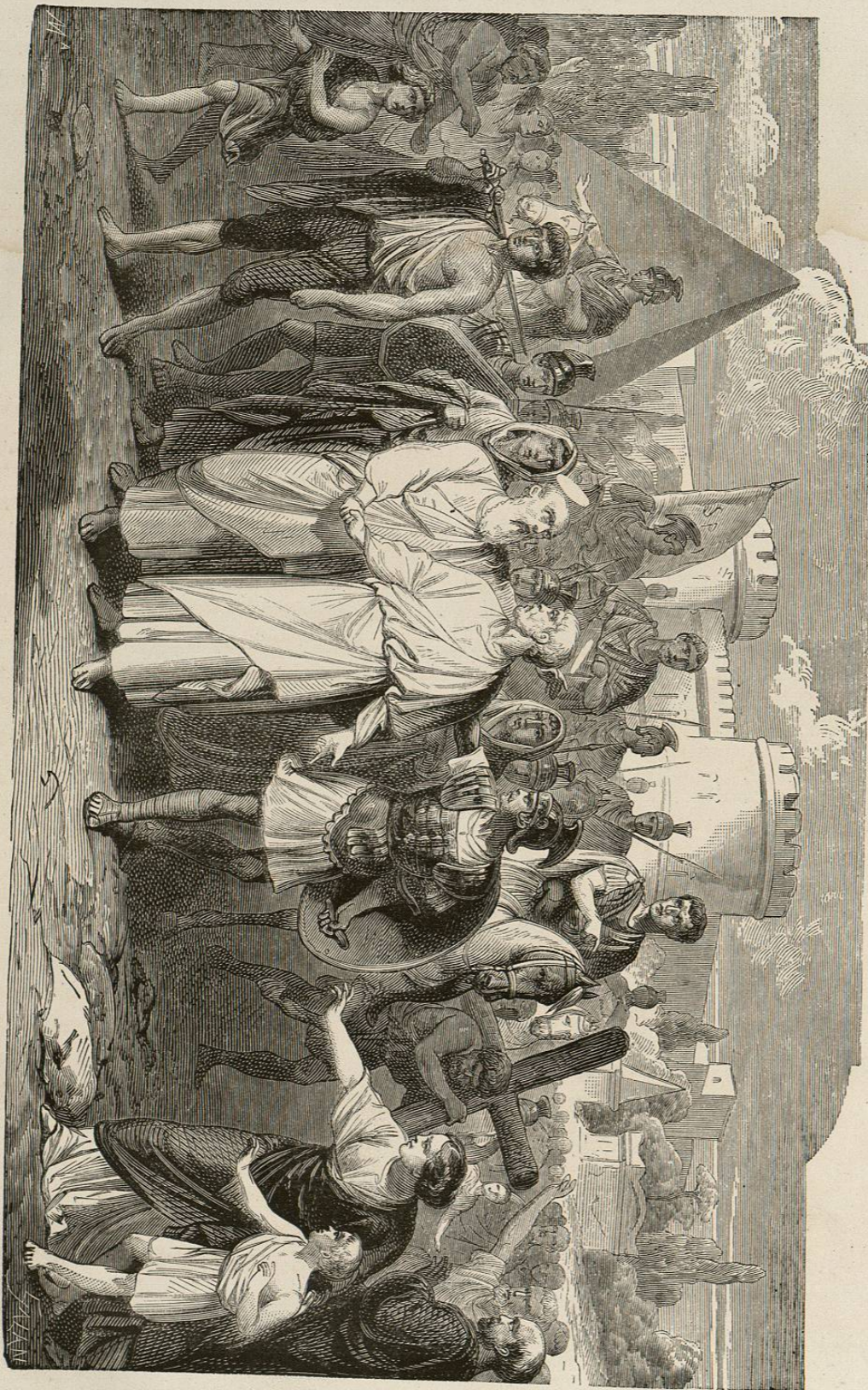




SEPARACION DE SAN PEDRO Y SAN PABLO EN LA CARRERA DEL MARTIRIO



desmoralización. Antiguo consular, y anciano de más de setenta años, ni siquiera soñaba Galba en reemplazar á Neron, cuando le fué propuesto por Julio Vindex, simple propretor de la Galia. Irresoluto se mostró Galba, á pesar de verse proclamado por la tropa y el pueblo, y de haberse adherido Othon, que gobernaba la Lusitania. Un acontecimiento inesperado vino á alentar su timidez. Hallábase retirado en Clunia (Coruña del Conde), cuando supo que Neron, objeto ya de la execración pública, insultado y maldecido por todos, perseguido por los soldados de la guardia pretoriana, había puesto término por su misma mano á su abominable existencia en una casa de recreo cerca de Roma (1). Galba entónces partió á tomar posesion del imperio (68). La proclamacion de Galba, dice Tácito, descubrió el peligroso secreto de que podia elegirse emperador fuera de Roma (2).

Galba hubiera pasado por el mejor emperador posible, si no hubiera llegado á serlo. Pero el emperador romano estuvo léjos de ser el gobernador de la Tarraconense. Rodeado de tres oscuros aduladores que el pueblo llamaba sus pedagogos, ejecutó crueldades que debieron el no parecer mayores á estar tan reciente la memoria de las de Neron. España, que tanto había contribuido á su elevacion, fué tratada con ingratitud, gravada con exorbitantes impuestos, y condenados á muerte muchos de los que le habían servido de escala para subir al poder. Condújose lo mismo con los pretorianos que le allanaron el camino del trono. Cuando se le presentaron á reclamar la recompensa ofrecida, les contestó: «Yo elijo mis soldados, no los compro.» Palabras dignas de un emperador, si este emperador no fuese el mismo que había querido comprarlos. No faltó quien lo hi-

(1) Neron había hecho abrir á su presencia el hoyo que le había de servir de sepulcro. Al oír el ruido de los pretorianos que iban en su busca, acarició la hoja de su puñal, recitó algunos versos de Homero, y clavósele diciendo: «¡Qué artista va á perder el mundo!» Sabido es que entre otras flaquezas tenía Neron la de creerse eminente en la poesía, en la música y en el arte de guiar un carro.

(2) *Evulgato imperii arcana principem. alibi quam Romæ fieri. Tac., Hist., l. IV.*

ciera, ya que él les había enseñado que podían venderse. Creyéndose también Othon mal correspondido, aquel mismo Othon que siendo gobernador de la Lusitania puso á disposición de Galba sus tropas, y aún le regaló su rica vajilla para que la convirtiera en moneda, sedujo aquellos mismos soldados, y con ellos asesinó á Galba en la plaza pública. El septuagenario emperador alargó el cuello á los asesinos, diciéndoles: «Herid, si mi muerte es útil al pueblo romano.» No desarmaron estas palabras á los soldados, que se cuidaban poco de que su muerte fuese ó no útil al pueblo. Imperó Galba siete meses.

Proclamado Othon emperador, pueblo y soldados, caballeros y senadores fueron con humilde bajeza á besarle la mano, y á prodigarle títulos y honores. Othon tuvo presente que en España había comenzado su engrandecimiento, y quiso engrandecerla también, agregando á la Bética las costas de África bajo el nombre de *Hispania Tingitana*.

Entre tanto, habiendo aprendido los soldados que ellos eran los que hacían emperadores, quisieron los de Germania, á ejemplo de los de España, tener también su emperador, y nombraron á Vitelio. Othon se suicidó. Una noche se acostó diciendo: «Añadamos esta noche más á nuestra vida.» Colocó dos puñales debajo de la almohada, y á la mañana siguiente hallóse sólo un cadáver en su lecho.

Vitelio solamente se hizo notable por su glotonería. Hasta repugnantes son las descripciones que se hacen de sus comidas y banquetes, y de los medios que empleaba para excitar su extragado apetito. Poco le duró también aquella vida de brutales deleites. Á ejemplo de los ejércitos de España, de las Galias y de la Germania, las legiones de Oriente habían proclamado á Vespasiano. Los parciales de uno y otro llegaron á pelear dentro de la misma Roma. Vitelio se escondió en un lugar inmundo de su propio palacio, acompañado de su cocinero y su panadero, dignos secuaces de tal emperador. Sacáronle de allí los soldados, y entretuviéronse en pasearle todo lo largo de la vía Sacra, con una soga al cuello, las manos atadas á la espalda, y desgarrados los ves-



tidos, entre la gritería de la muchedumbre, que ya le arrojaba inmundicias, ya le llamaba á voces ébrio y gloton, á cuyos ultrajes respondía él: «Á pesar de todo he sido emperador vuestro.» Quitáronle luégo la vida, y despues de pasear su cabeza clavada en una pica arrojaron su cuerpo al Tiber (69). Á tal degradacion habia venido en poco tiempo la dignidad imperial. Iban ya ocho emperadores, y los seis habian muerto desastrosamente. ¡Degraciada Roma, y desgraciada España, que seguia su suerte!

Afortunadamente, tras de tantos vicios, tras de tanta corrupcion y desórden, vino un periodo de reposo y de consuelo al mundo. Trájolo Flavio Vespasiano, el único que, al reves de todos los que le habian precedido, se hizo mejor desde que ascendió al trono. Indiferente, y aun desafecto á los títulos pomposos, modesto y sencillo en sus costumbres, él mismo hablaba muchas veces de su humilde nacimiento; enemigo de derramar sangre humana, lloraba cada vez que se veia en la necesidad de pronunciar una sentencia de muerte. España se habia pronunciado por su partido, y más agradecido que Galba, la remuneró concediendo á los españoles los derechos latinos. Reconocidas á esta honra muchas ciudades tomaron el nombre de *Flaviae*, como en otro tiempo habian tomado el de *Julias* ó *Augustas*. De este número fueron *Flaviobriga*, *Aque Flavia*, *Iria Flavia*, *Flavium Brigantium*, y otras muchas que pueden verse en nuestro catálogo. Debióle tambien España la construccion de varios caminos, puentes y monumentos públicos. Y no falta quien suponga obra suya una de las más maravillosas que en España se conservan, y que por la grandiosidad de sus proporciones y por las dificultades vencidas para su ejecucion, excita el asombro de cuantos la visitan: hablamos del famoso acueducto de Segovia, que los más, aunque sin fundamento seguro en que apoyarse, atribuyen á Trajano (1).

(1) Puede verse sobre esto la «Disertacion histórica» sobre el acueducto y otras antigüedades de Segovia, de Somorostro.

Uno de los más bellos presentes que Vespasiano hizo á España, fué haber enviado en calidad de cuestor á esta provincia á Plinio el Mayor, que no sólo desempeñó con celo sus funciones como procurador de la Hacienda imperial, sino que hizo grandes mejoras en la Bética, visitó una gran parte de España, y estudiando á fondo sus diferentes climas y paisajes, recogió en ellos abundantes materiales para su historia natural. Hizo además relaciones de amistad con los españoles más distinguidos, con los cuales siguió despues correspondencia desde Roma, no perdiendo nunca su aficion á España.

Realizóse en el reinado de Vespasiano una de las grandes profecías de los divinos libros, la destruccion del templo de Jerusalem y la dispersion de los judíos por todas las naciones de la tierra: terrible expiacion impuesta á un crimen sin ejemplo. Su mismo hijo Tito, tan celebrado despues por su piedad y dulzura, fué el que recibió la triste mision de destruir el templo y la ciudad y no dejar piedra sobre piedra. Fué éste uno de aquellos grandes y terribles acaecimientos que forman época en los siglos, y que se imprimen indeleblemente en la historia del linaje humano. Millon y medio de israelitas perecieron en aquella célebre guerra: noventa y siete mil fueron hechos cautivos (1). Tito no pudo reprimir el llanto, al contemplar el miserable estado de Jerusalem, atestada de cadáveres y convertida en ruinas. Los que quedaron con vida se diseminaron sobre toda la haz de la tierra, en cumplimiento de la terrible profecía. La Judea dejó de existir como nacion, y España recogió en su seno una parte de aquellos fugitivos, que, aunque perseguidos y anatematizados, habian, no obstante, de constituir una gran parte de su poblacion por muchos siglos. Créese que se les señaló por primer asiento la ciudad de Mérida.

España conservó por mucho tiempo gratos recuerdos de Vespasiano (2). Murió este em-

(1) Justo Lipso enumera detalladamente los que murieron en cada punto.—«Joseph de Bell. Jud.» libro VII.

(2) En el reinado de Carlos V, un paisano de las cercanías de Cañete la Real (el historiador Romey la



perador el año 79, dejando por sucesor á su hijo Tito, que aún aventajó á su padre en virtudes, y á quien los españoles llamaron las *delicias del género humano* (1). Éralo realmente el hombre que presaba la máxima de *que nadie debía salir apesadumbrado de la presencia del príncipe*; el que si se acordaba de noche de no haber dispensado algun beneficio desde la mañana, exclamaba pesaroso: *He perdido el día*; el que al aceptar el pontificado declaró que desde aquel momento se conservaria puro de toda efusion de sangre; el que no permitía que se denunciara á nadie por

nombra equivocadamente por dos veces Canta la Real), descubrió una plancha de bronce con un curiosísimo rescripto de Vespasiano, que por lo interesante vamos á copiar traducido. Decia así: «César Vespasiano, Augusto, pontífice máximo, investido por octava vez del poder tribunicio, de la autoridad imperial por la décima octava, cónsul ocho veces, salud á los cuatorviros y á los decuriones de Sabarra. Vista la exposicion que me habeis hecho de las dificultades y apuros que os agobian, os permito edificar la ciudad en la llanura bajo mi nombre, como lo deseais. Mantengo los tributos que decís habeis recibido del emperador Augusto. Para todos los demás que querais percibir de nuevo tendreis que presentaros al procónsul: no quiero establecer nada en este género sin que sean oidos los interesados. He recibido vuestra peticion el octavo día de las Calendas de Agosto. He despachado vuestros diputados al tercero. Pasadlo bien.—Hecha grabar en bronce por la solicitud de los duumviros C. Cornelio Severo y M. Septimio Severo, por cuenta del peculio público.»

Se ve aquí al emperador respondiendo desde la altura de su trono á la reclamacion de un pueblo de España, se ve la brevedad con que la despachó, dando en esto ejemplo de actividad á los príncipes; el respeto á los privilegios concedidos por Augusto; su benevolencia hácia los magistrados de Sabora en creerles sobre su dicho, «que accepisse dicitis» que habia en España ciudades «stipendiatae», esto es, que cobraban impuestos, y que una de ellas era Sabora; que para aumentar la cuota de estos tributos ó exigir otros de nuevo, el emperador queria que se oyera ántes al procónsul y á los interesados.

Extrañamos por lo mismo que el P. Mariana, al referirse á esta inscripcion, se contente con decir que no le pareció ponerla, «ni en latín, porque no la entenderian todos, ni en romance, porque perderia mucho de su gracia. En nuestra historia latina, añade, la hallará quien gustáre de estas antiguallas.»

(1) «Humani generis amor et desiderium etiam vivus», decia una inscripcion conservada en Mérida.

haber hablado mal de su persona; el que fulminó nota de infamia contra los jueces venales y contra los gobernadores concusionarios; el que prohibió á los caballeros hacer el papel de histriones y degradó á un senador por haber bailado; el que reprimió la licencia pública é hizo todo lo posible por restablecer la decencia de las costumbres.

La corta duracion de su reinado no dejó tiempo ni á España ni á la humanidad de probar todos los efectos de la justicia y de la bondad de este príncipe. Pero la paz que gozaba le permitia entregarse á la cultura de las letras y de las artes, y á las dulzuras de la vida social. Poco más de dos años disfrutó el mundo de la felicidad con que comenzaba á regalarle este benéfico príncipe (81).

Parece que la Providencia quiso mostrar á la especie humana que aún no merecia príncipes tan buenos, y la castigó enviándole un Domiciano, que más que de la familia Flavia y hermano de Tito, parecia de la raza de los Claudios y hermano de Neron. Jamas hubo hermanos más desemejantes que Tito y Domiciano. No cedió Domiciano ni en crueldad, ni en desenfreno, ni en tiranía á ninguno de sus predecesores. Mataba por complacencia, y derramaba sangre por deleite. España volvió á sufrir las vejaciones y despojos de los gobernadores romanos; pero tambien tenía defensores celosos. Acusado un procónsul por sus rapiñas ante los tribunales, y llevada la causa á Roma, abogaron en favor de los españoles Plinio el Joven y Herenio Senecion, natural de la Bética, é hicieronlo con tanto ardor y tales eran los excesos del acusado, que aún imperando un Domiciano, sufrió por sentencia del tribunal el secuestro de todos sus bienes.

Neron habia dado el primer edicto de persecucion contra los cristianos; Domiciano dió el segundo. Confundia con los cristianos á los matemáticos y filósofos, y los desterró á todos de Roma.

Domiciano murió como morian los tiranos, y su muerte fué mirada como una felicidad para los pueblos (96). El senado decretó que su nombre fuera borrado de todos los monumentos públicos. Fué el último de los emperado-



res designados con el nombre de los doce Césares.

Sucedióle el anciano Nerva. ¡Lástima que su edad no le permitiera dar al mundo más años de felicidad y de justicia! Nerva abolió el crimen de lesa majestad, aplicado á los empe-

radores por Tiberio, castigó á los delatores, dotó á España de magistrados sabios, embelleció á Córdoba con soberbios edificios, é hizo al morir el mayor beneficio que pudiera hacer á España, el de darle por emperador á un español, al insigne Trajano (98).

CAPITULO XII

Desde Trajano hasta Marco Aurelio (de 98 á 180 de J. C.).—Un español es el primer emperador extranjero que ocupa el trono romano.—Cualidades de Trajano.—Sus defectos.—Sus grandes virtudes.—Sus triunfos militares.—Columna Trajana.—Erige en España magníficos monumentos.—Famoso puente de Alcántara.—Justicia que hace el senado á los españoles.—Adriano, emperador, español también.—Vasta ilustración literaria, científica y artística de Adriano.—Sus vicios.—Visita personalmente todas las provincias del imperio.—Viene á España.—Asamblea en Tarragona.—Independencia de los diputados españoles.—Exterminio de los judíos.—Feliz reinado de Antonino Pío.—Marco Aurelio el Filósofo, oriundo de España.—Grandeza y bondad de este príncipe.—Primeras irrupciones de los bárbaros del Norte.—Punto culminante del imperio romano.

Roma, aquel centro de corrupción y de desorden que se llamaba la capital del mundo, no tenía ya emperadores que dar que no fuesen déspotas y corrompidos. Pero había una provincia que estaba siendo nuevo plantel de grandes hombres, y allí se encontró el más digno de ceñir la diadema imperial. Esta provincia era España.

El viejo Nerva, en cuya cabeza encanecida estaban amortiguadas todas las pasiones ménos el amor de la patria, había adoptado por hijo á Trajano, natural de Itálica, y quiso hacer el mayor bien posible al imperio y á la humanidad dejándole por sucesor suyo. Así España puede blasonar de haber sido la primera que dió á Roma un emperador extranjero. Pero áun sería escasa gloria si este emperador no hubiese sido el que mereció el dictado de *óptimo príncipe*, que ninguno ántes que él había obtenido. Verdad es que Trajano tenía ya en su favor más que el testamento de Nerva, sus grandes y nobles cualidades para ejercer dignamente la soberanía imperial. No es que faltáran á Trajano flaquezas y vicios como hombre privado: afeábasele su pasión al vino y á las mujeres; pero la sombra de sus

malos hábitos como particular desaparecía ante el brillo de sus virtudes como hombre público; bien era menester que fuesen muchas, y lo eran realmente.

Hallábase el español ilustre en Colonia cuando fué aclamado emperador (99). Partió á Roma, donde hizo su entrada pública como un padre en medio de sus hijos. Marchaba á pié, al modo que había marchado siempre en las guerras de la Germania, confundiendo con los simples soldados, como se confundía ahora entre la muchedumbre que se aglomeraba á saludarle y bendecirle. Así continuó siempre, sin que las lanzas de su guardia tuvieran que abrirle paso por entre las masas de un pueblo que le adoraba.

Trajano no necesitaba de estatuas; su presencia reemplazaba al mármol y al bronce, más aún que las mejores inscripciones para él eran las alabanzas que salían de las bocas de sus gobernadores; gustábale ver inscrito su nombre en las paredes de todos los edificios, lo que le valió el apodo de *Parietario*; flaquezas de que no suelen librarse los más grandes hombres. Sus liberalidades proporcionaban el sustento á dos millones y medio de personas. Cuando al-